

cual zarpó rumbo al Mediterráneo, en dirección a Francia y de allí a la costa norte de Cataluña, gracias a un viento favorable y prodigioso. Detúvose en Armén-Rodas, donde seis caballeros de la Tabla Redonda, según algunos autores, desembarcaron con las preciadas reliquias, siendo los principales Epicini, Pons y Feliu.

Prendados de nuestro suelo, que reputaron de muy delicioso y seguro, subieron por la montaña de Rodas hasta el término de Verdera, en donde hallaron la fuente de agua fría y cristalina y, no lejos, la profunda cueva de San Sergio con un altar, en cuyo



*Perspectiva que presenta uno de los monumentos señeros de nuestra provincia*

Sagrario depositaron la divina Sangre y en la gruta las demás reliquias. Sobre esa cueva se edificó más tarde, según dicen, el Santuario de San Pedro de Roda, en cuyo altar figuraron las reliquias de ese gran apóstol. Para protegerlo se levantó un castillo en la cima del monte, al que se dió el nombre del Salvador, por las reliquias que del divino Maestro se guardaron. También a la ciudad de La Vall, que no es el pueblecito de hoy, se le añadió el título: «de Santa Cruz de Rhoda.»

En cuanto al castillo de Kundry, la dama de la que el mago se valió para perder al rey Amfortas y arrebatarle su lanza sagrada, siendo continua tentación de los caballeros del Santo Grial, ¿no podría ser la misma hermosa y disoluta dama del castillo de Carmanso, que algunos escriben Crumsar, empeñada en seducir a los nobles caballeros de la Tabla Redonda?... De este castillo se apoderaron los franceses el 20 de junio de 1285. Además, debajo del castillo de San Salvador, hubo el de la «Piña Negra». ¿Sería el del maldito Klingsor...?

Poderosísimo fué el monasterio de San Pedro de Roda, levantado sobre las ruinas de un viejo santuario, que algunos cronistas aseguran existía ya en tiempo de los godos, lo que no se ha podido comprobar, si bien es cierto que el abad Oliva, en el año 1022, a la consagración del «nuevo» templo de San Pedro de Roda. Importa señalar, además, que no faltaron en los dominios del santuario lagunas y estanques, hoy completamente secos, que bien pudieron ser donde Parsifal, ignorante de que en los dominios del Santo Cáliz estaba prohibida la caza, mató al cisne. Tampoco falta la gruta en que Gurnemanz vivió, ni el precipicio simbólico del pecado, ni las selvas que ocultaban el cenobio, ni la ciudad de Montsalvat, ni el lugar desierto que Klingsor convirtió en jardín de placeres.

Como puede verse, el parangón no tiene rival con ese monte del Pirineo ampurdanés. Claro que tal vez «Lohengrin» y «Parsifal» se reducen a meras leyendas pero, ¿quién puede asegurarlo? No olvidemos que Wagner recogió el argumento del pueblo que, a su vez, lo aprendió de los trovadores los cuales solían basar sus cantos en sucesos más o menos verídicos. De ser así, ningún paraje como el de San Salvador ofrecería más similitud, por concurrir en él todas las circunstancias de las leyendas wagnerianas. Sus moradas del vicio y de la virtud, sus selvas y lagunas, amén de sus monjes guerreros, que en la Edad Media estuvieron por menudo en pugna con reyes y nobles, disidentes de la santa doctrina. De ahí que la Iglesia les concediera sendos privilegios, pudiéndose ganar grandes jubileos de perdón como en el Viernes Santo de «Parsifal». Mas el apego a lo terreno destruyó la creencia del ideal celeste, como en el «Lohengrin» y el «Parsifal» el descreimiento disipó el prodigio.

Ni héroes, ni cruzados, ni Kundrys arrepentidas, ni Amfortas contritos intentan ya subir las sendas del Montsalvat. La Sangre del Salvador y la santa Lanza con que Longinos abrió el divino costado, están custodiadas en Roma, donde lucha para orientar a la humanidad Pío XII, el representante de Cristo: único vidente que sufre por la herida de Amfortas, es decir, por la del desdichado mundo actual tan atosigado de amenazas y martirios, de los que sólo la santa Lanza simbólica de la gracia del Salvador lo podría liberrar.